

sita nuestro auxilio es nuestro prójimo; y que la ley, dice san Agustín, que obliga á amar al prójimo como á sí mismo, es general, y á nadie excluye de los deberes de la caridad.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Dios omnipotente y soberanamente misericordioso, sin cuya gracia no podrian vuestros fieles siervos haceros servicio alguno agradable y digno de vos; dignaos sostenernos de tal manera, que sin caer por nuestra flaqueza, corramos sin cesar en busca de los bienes que nos habeis prometido. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La epístola está tomada de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 3.

Hermanos míos: Por Jesucristo es por quien tenemos tan gran confianza en Dios: no porque de nosotros mismos seamos capaces de concebir cosa alguna como de nosotros mismos; sino que si somos capaces de algo, esto viene de Dios que nos ha hecho á propósito para el ministerio de la nueva alianza, no por la letra, sino por el espíritu; porque la letra mata, y el espíritu vivifica. Porque si lo que estaba escrito en la piedra, siendo un ministerio de muerte, fué tan lleno de gloria, que los hijos de Israel no podían fijar su vista en el rostro de Moisés á causa del resplandor que de él despedía, cuya gloria sin embargo debía pasar, ¿cuánto mas lleno de gloria estará el ministerio del espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es glorioso, con mas razón debe abundar en gloria el ministerio que justifica.

NOTA.

Habiendo sabido san Pablo que algunos falsos apóstoles, y entre ellos tambien algunos judíos, sembraban en Corinto falsas doctrinas, y pretendían judaizar el cristianismo, escribió esta segunda carta á los fieles de aquella Iglesia hácia el año 57 de Jesucristo.

REFLEXIONES.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No hay herejía, no hay hereje á quien la letra, por decirlo así, no haya muerto por el abuso que han hecho de la Escritura santa. Entregados por un secreto orgullo á su propio espíritu han seguido los errores, y han sido los juguetes de todas las flaquezas. Como Dios en las divinas Escrituras ha hablado á los hombres, les ha hablado, por decirlo así, en el lenguaje de los hombres; pero los términos, las expresiones, el idioma con que les hablaba, encerraba el sentido de Dios. La letra no es mas que la corteza bajo de la cual está oculto un sentido místico y enteramente divino. Ahora bien, solo el Espíritu divino es el que bajo de la letra humana puede descubrir el sentido espiritual, el cual por lo comun es el solo verdadero; el entendimiento del hombre no puede pasar de la corteza sin desbarar, y no viendo mas que lo que la letra presenta naturalmente á su entendimiento, no concibe sino lo que está á su alcance; si va mas lejos, se extravía; solo, pues, el espíritu de Dios es el que entiende, el que penetra el verdadero sentido de la habla divina. En esto consiste que antes de la venida del Salvador el pueblo judío nunca tuvo mas que una inteligencia baja, material y grosera de la Escritura; nada concebía que no fuese terreno y natural. Los patriarcas, los profetas y algunos otros santos del antiguo Testamento fueron únicamente los que penetraron el sentido espiritual de los libros santos; pero esto fué por una revelación especial de Dios. Así es que solo Jesucristo es el que

ha podido darnos la inteligencia, y dejando su espíritu á su Iglesia, le ha dejado con el depósito de la fe la inteligencia de las santas Escrituras; ella sola tiene el derecho inenajenable de conocer el verdadero sentido de ellas, y descubrirle á los fieles; á ella sola pertenece el derecho de interpretar y de enseñar; ella sola no puede errar, puesto que el Espíritu Santo es quien la anima, quien la conduce, quien la ilumina; fuera de su escuela no hay mas que ignorancia, ilusión, falsedad, extravagancia; fuera de la Iglesia no hay mas que tinieblas; y si aparece alguna luz, solo pueden ser sombríos vislumbres que producen las malignas exhalaciones, falsos brillos, fuegos fatuos que llevan todos al precipicio, y que no pueden hacer otra cosa que extraviar. Recordemos todos los herejes desde el nacimiento de la Iglesia, no hay uno que no haya seguido su propio espíritu y sus propias luces en perjuicio de la verdad. Obstinados en no querer escuchar á la Iglesia, ¿en qué espantosas extravagancias, en qué lamentables errores no han caído, no siguiendo mas que las débiles luces de su propio espíritu? No hay siglo alguno que no produzca tristes ejemplos de ello. ¿Qué de absurdos en sus sistemas! ¿qué de libertinaje en su moral! ¿qué de variaciones en sus dogmas! ¿qué de irreligion en sus sectas! ¿qué de corrupción en sus costumbres! En las colonias de la rebelion y del error, la policía civil ha reglado toda la religion, si se puede llamar religion un monton de errores, de contradicciones y de reglamentos arbitrarios; sectas donde no se sabe lo que se cree, y en donde ordinariamente no se cree. Tales han sido hasta hoy, y tales serán hasta el fin de los siglos, todas las herejías: sin embargo, ninguna hay que no

se lisonjee de poseer la Escritura; pero concebida, interpretada segun el espíritu particular de cada uno. Una simple mujer, pobre de talento, de cortos alcances, imbécil, imagina que está inspirada, y pretende entender la Escritura santa tan bien como un concilio; ella interpreta, enseña, profetiza, y se la escucha: ¿no es esto lo que se ha visto en nuestros dias entre los herejes fanáticos? Á la verdad, el fanatismo es inseparable de todas las sectas heréticas; no hay ningun ignorante que no se crea doctor. Tanta verdad es que la letra sin el espíritu de Jesucristo mata: solo el espíritu vivifica; pero solo el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, y de ningun modo el espíritu particular.

El evangelio de la misa es lo que sigue del capítulo 10 del evangelio segun san Lucas.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; porque yo os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo han visto, y oír lo que vosotros oís, y no lo han oído. En esto un doctor de la ley se levantó con ánimo de sondearle. Maestro, le dijo, ¿qué haré yo para poseer la vida eterna? Respondióle Jesus: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Contestó él entonces: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Has respondido bien, le dijo Jesus: haz esto, y vivirás. Mas queriéndose justificar, dijo á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo? Sobre lo cual tomando Jesus la palabra, dijo: Cierta hombre que iba de Jerusalem á Jericó cayó en manos de unos ladrones que le despojaron, y despues de haberle llenado de heridas le dejaron medio muerto. Sucedió que por acaso un sacerdote llevaba el mismo camino, y visto aquel hombre, pasó adelante: lo mismo hizo un levita, que estando cerca de aquel sitio, y habiéndole visto, pasó tambien. Mas un samaritano que viajaba, se

llegó á él, y viéndole (como estaba), le movió á compasión: acercóse á él, y vendó sus llagas despues de haber derramado sobre ellas aceite y vino. Púsole en seguida sobre su caballo, llevóle á una posada, y cuidó de él. Al día siguiente sacó de su bolsa dos denarios de plata, los cuales dió al posadero, diciéndole: Cuida de este hombre, y todo lo que adelantares de mas, yo te lo pagaré á mi vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel hombre que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que le ha tratado con caridad; á lo cual repuso Jesus al doctor: Vé, y haz tú lo mismo.

MEDITACION.

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la misericordia es un enternecimiento del alma á vista de las miserias de otro, y un deseo vivo y ardiente de remediarlas. El enternecerse únicamente á vista de lo que padecen los demás, sin el deseo de aliviarles, no es una virtud cristiana; es solo un movimiento natural, señal de una alma buena, el cual en la mayor parte de los hombres no está mas que en los sentidos, los cuales se conmueven por los objetos, y no pueden negar este homenaje á la naturaleza. Por obras de misericordia se entienden los efectos de esta virtud moral que, segun Jesucristo, debe caracterizar á todos los cristianos, y que consiste en amar á su prójimo como se ama uno á sí mismo, y en socorrerle con sus bienes, con sus consejos y con su ayuda en todas sus necesidades; estos son los frutos de una caridad pura, compasiva, eficaz, que no encuentra mayor placer que el de hacer bien á todos los que se hallan en la indigencia,

y sobre todo en consolar á las personas afligidas y aliviarlas en sus necesidades. No hay virtud mas ordinaria en todos los santos: ella es como natural á una alma verdaderamente cristiana. Cuando hay una piedad sólida, cuando se ama verdaderamente á Dios, se encuentra un placer tan exquisito en derramar liberalmente las limosnas en el seno de los pobres, en consolar á los desgraciados, en visitar á las personas afligidas, en aliviar á los que padecen, que se diria que las buenas obras llevan consigo su recompensa, y hacen gustar tantas dulzuras interiores á las personas caritativas, como ellas hacen sentir á los que favorecen. Pero; y qué consoladoras son las dulzuras que causan las obras de misericordia en la hora de la muerte á las personas caritativas! Puede asegurarse que no hay cosa que así consuele y asegure á un moribundo, como la memoria dulce de las obras de misericordia que ha practicado. Disipanse los espantos de la muerte á la sola imágen de las grandes limosnas que se han hecho durante la vida. ¿Qué cosa de mas consuelo entonces que el acordarse de aquellos pobres á quienes se ha visitado en los hospitales, de aquellos pobres vergonzantes á quienes se ha consolado, á quienes se ha prolongado la vida con las limosnas, de aquellos presos de quienes se ha cuidado, y de los cuales los bienhechores se han constituido, por decirlo así, los abogados, los patronos, y como los padres; en fin, de todos aquellos infelices de quienes pueden considerarse como salvadores! Los actos de religion, por mas santos que sean, son á la verdad de un grande auxilio en la hora de la muerte: uso de los sacramentos, ejercicios de piedad, oraciones, todo esto consuela; pero todo esto no

asegura. Si alguna cosa puede asegurar entonces, puede decirse que son las obras de misericordia hechas por motivos puros y sobrenaturales. ¡Dios mio, qué poco se conoce el día de hoy el precio y el mérito de este género de obras buenas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuán agradables son á Dios, y cuán necesarias á todos los fieles las obras de misericordia, puesto que solo sobre ellas se funda, por decirlo así, el derecho que tienen los elegidos para entrar en posesion de la herencia celestial despues de su muerte. *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que teneis preparado desde la creacion del mundo.* Quiere el Señor que se sepa á qué título reciben una recompensa tan grande: porque tuve hambre, dice, y me habeis dado de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; no tenia donde alojarme, y me habeis recibido en vuestra casa; me faltaba el vestido, y me lo habeis dado; estuve enfermo, y me visitásteis; estuve en prisiones, y me habeis ido á ver. Los justos, añade el Salvador, le responderán entonces: Señor, ¿y cuándo os hemos visto con hambre, y os hemos dado de comer, ó que teniais sed, y os hemos dado de beber? ¿Cuándo hemos visto que no sabiais en donde alojaros, y os hemos recibido en nuestra casa, ó que careciais de vestido, y os lo hemos dado? ¿cuándo os hemos visto enfermo, ó en prision, y os hemos ido á ver? Sabed, responderá el Señor, y os lo digo en verdad (continúa hablando Jesucristo), sí, os lo digo en verdad, que cuantas veces habeis hecho estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos que están aquí, lo habeis hecho conmigo

mismo. El decreto de condenacion por el que el soberano Juez precipita á los réprobos al fuego eterno, no se funda en otro motivo que en su insensibilidad por los males y las necesidades del prójimo. ¿Y podemos creer esta gran verdad, y permanecer duros en órden á las miserias de otro? ¿y pasar un día sin santificarle con algunas obras de misericordia? El Señor en aquel día tan terrible en que el Juez soberano dará á cada uno segun sus obras, en aquel día decisivo de nuestra suerte eterna, el Señor no hace mencion alguna de las maceraciones del cuerpo, de las prácticas de devocion, de las oraciones; no porque no haga caso de ellas, no porque no le sean muy agradables, y que no sean medios de salud, igualmente que actos de virtud dignos de recompensa, sino que el Salvador ha querido que comprendamos cuál es la necesidad de las obras de misericordia, cuál su mérito, y que sin esta caridad cristiana Dios hace poco caso de todas las demás virtudes. En medio de todo esto, esta caridad se ve el día de hoy muy debilitada entre los cristianos; miranse las obras de misericordia como unos actos heróicos propios solo de un pequeño número de gentes devotas; pero ¿podrán considerarse como simples consejos, puesto que ellas constituyen los motivos de una sentencia decisiva? No hay cosa mas abandonada que las obras de misericordia; porque la caridad que debe caracterizar á los cristianos está cuasi extinguida. ¡Cuántos hay que jamás han puesto los piés en un hospital! Esas personas tan opulentas, tan adornadas, tan magníficas en muebles, en vajillas, en caballos, ¡alivian, visitan á los pobres presos, á los vergonzantes, que quedarian ricos con solo lo superfluo de

tantos ricos? ; Ah Señor, si la caridad cristiana es tan rara en el día de hoy, si está cuasi extinguida, ¿cuál es nuestra fe?

Comprendo bien, Señor, cuanta razon habeis tenido para decir que es pequeño el número de los elegidos. Pero ¡ó Dios mio! aun cuando fuese mas pequeño de lo que es, yo quiero ser de este número pequeño; os pido vuestra gracia, y con su auxilio espero que la resolucion que hago de pasar el resto de mis días en el ejercicio de las buenas obras será eficaz, y me hará menos dudosa mi salvacion.

JACULATORIAS.

Bienaventurados los que hacen obras de misericordia, porque ellos alcanzarán misericordia. *Mat. 5.*

Dichoso aquel que movido de compasion atiende á las necesidades del pobre y del afligido; porque si él se halla en afliccion, acudirá el Señor á su auxilio. *Salmo 40.*

PROPOSITOS.

1.º No se entienden aqui por buenas obras sino ciertas acciones particulares que miran á la caridad, como aliviar á los desgraciados, consolar á los afligidos, socorrer á los pobres. En este concepto toda buena obra es una accion buena, mas no toda accion buena es una buena obra. Hay siete obras de misericordia espirituales, y otras tantas corporales, por medio de las cuales se socorre al prójimo en sus necesidades del espíritu y del cuerpo. Las corporales son visitar los encarcelados, y á los pobres enfermos en los hospitales, dar de beber á los que tienen sed, dar

de comer á los que tienen hambre, rescatar los cautivos, vestir á los desnudos, hospedar á los pobres, sepultar los muertos. Las espirituales son dar buen consejo á los que lo han menester, corregir á los que yerran, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, olvidar las injurias, perdonar las ofensas, rogar por los vivos y por los muertos, y por los que nos persiguen. No hay nadie que no pueda cumplir con alguna de estas obras de misericordia, muchos aun con todas. Determina las que puedes hacer, y cuya omision te hará desesperar en la hora de la muerte, y en adelante sé fiel en ejercitarte cada dia en alguna, si es posible.

2.º Si tienes parientes pobres ó afligidos, no dejes de verlos y asistirlos con preferencia; son tus parientes, y deben ser preferidos en tus buenas obras. ; Cosa extraña! se ven alguna vez gentes que se avergüenzan de ir á ver á sus parientes pobres, como si su visita debiera deshorrarlos; náda hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo, y á la caridad cristiana, que esta mal entendida vergüenza. Iráse mas pronto á visitar á los pobres en el hospital, que á un pariente pobre á su casa; la verdadera causa de esta preferencia no es mas que una secreta vanidad. La visita de los pobres en el hospital hace siempre algun honor; mas un pobre que es pariente nuestro humilla á una alma orgullosa. Guardaos bien de dar oidos á una vanidad tan necia; informaos si teneis algun pariente que padezca, y no paseis el dia sin visitarle y asistirle. Si alguno de los que os han ofendido se halla afligido ó miserable, visitadle, socorredle, preferid esta obra de caridad á todas las demás; este es el espíritu del Evangelio y del cristianismo. En fin, imponeos una

ley de no pasar dia alguno, ó á lo menos ninguna semana, sin practicar alguna obra de misericordia; semejante práctica es acaso la señal mas segura de predestinacion y de salvacion.

DECIMOTERCIO DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el evangelio de la misa del dia es siempre el que sirve de titulo y da el nombre á los domingos despues de Pentecostés, se ha llamado por tanto comunmente á este el de la curacion de los diez leprosos: los Griegos y los Latinos convienen en esta denominacion del décimotercio domingo. Podria tambien llamarse el domingo de la ingratitud, puesto que de los diez leprosos que fueron milagrosamente curados por el Salvador, no hubo mas que uno solo que viniese á dar gracias á su bienhechor, sin que los otros nueve hubiesen parecido mas. *Solo este extranjero es*, dice el Salvador, *el que ha vuelto y ha dado gloria á Dios*. La atencion que el Salvador hace aquí sobre el reconocimiento de este extranjero, que fué el único de los diez que volvió á darle gracias, es una instruccion misteriosa. Hase dicho ya que la Iglesia reúne á los fieles todos los domingos, no solo para orar y asistir al divino sacrificio, sino tambien para alimentarlos con el pan de la divina palabra, é instruirlos en las grandes verdades de la religion; les da cada domingo una leccion particular

sobre algun punto de la moral y del dogma. La leccion de moral se contiene ordinariamente en el evangelio del dia, y la del dogma se halla en la epistola. El introito de la misa es por lo comun una oracion que puede servir de modelo para enseñarnos á orar bien.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo 73. Previendo el Profeta las desgracias que debian suceder á todo el pueblo, dirige á Dios una piadosa demanda, llena de amor y de confianza; quájase á Dios en nombre del pueblo de la desolacion de Jerusalem y de toda la nacion, é implora el auxilio del cielo. Este salmo conviene perfectamente á la Iglesia perseguida no solo por los paganos, sino mucho mas tiempo todavía por los herejes, que no cesan aun de perseguirla. Vense en él rasgos vivos y elocuentes, expresiones fuertes, grandes y patéticas que convienen admirablemente al asunto, y que traen á la memoria los excesos y los sacrilegios de los herejes; hé aqui algunos de ellos: *Levantad cuanto antes, Señor, la mano sobre nuestros enemigos, para que su orgullo quede abatido para siempre: ¡ah! ¡cuántas impiedades han cometido en el lugar santo! ¡en vuestro templo! ¡Con qué insolencia han profanado el lugar santo, en el cual celebrábamos nosotros fiestas en vuestro honor! Ellos han enarbolado sus estandartes en el lugar mas alto del templo, igualmente que en las encrucijadas, sin hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano. Hanse animado los unos á los otros para echar las puertas á bajo á golpes de hachas, como hubieran derribado los árboles en una floresta; han volcado las puertas á hachazos y á golpes. Esta nacion impía, y todas sus*